

vencido, si no hubiesen acudido en ayuda suya Anito y Licon. Todavía hay memoria de que el primero de estos tuvo la audacia de hacer presente á los jueces, que ó no se debia haber remitido el acusado á su tribunal, ó debian sentenciarle á muerte, en atencion á que si salia absuelto, los mozos serian mas adictos á su doctrina.

Sócrates se defendió por obedecer á la ley; pero lo hizo con la entereza de la inocencia, y con la dignidad de la virtud. Anadiré aqui algunos pasages del discurso que sus apologistas, y en especial Platon, ponen en su boca, que servirán para dar mejor á conocer su caracter.

« Comparezco ante este tribunal, por la primera vez de mi vida, aunque ya tengo mas de setenta años; ante un tribunal, donde el estilo, los usos, todo es nuevo para mí. Voy pues á hablar una lengua extranjerá; y la única gracia que pido, es el que atendais á mis razones mas que á mis palabras; porque vuestro deber es el discernir la justicia, y el mio el deciros la verdad.»

Despues de responder á la acusacion del crimen de impiedad, pasó al segundo capitulo, y dijo: « me imputan que yo pervierto la juventud de Atenas; pero que me citen un discípulo mio á quien yo haya inducido al vicio. En esta asamblea estoy viendo á muchos de ellos: que

« se levanten y depongan contra quien los ha « pervertido; y si los detiene el respeto que « todavía les queda, ¿ por qué los padres, los « hermanos, los parientes no invocan en esta « ocasion, la severidad de las leyes? ¿ Por qué « no se ha valido Mérito del testimonio de ellos? « Porque, lejos de acusarme, ellos mismos han « acudido á mi defensa.

« Las calumnias de Mérito y de Anito no son « las que me costarán la vida; sino el odio de « esos hombres vanos ó injustos, á quienes he « quitado la máscara con que encubrian la ignorancia ó los vicios: odio que ha hecho perecer « tantas gentes de bien, y hará perecer muchas « mas; pues no debo lisonjearme de que mi suplicio pueda extinguirlo.

« Yo he merecido este odio por querer penetrar el sentido de la respuesta que dió la Pitia, « declarándome el mas sabio de los hombres*.» Al oír esto los jueces dieron muestras de indignacion, y Sócrates prosiguió: « maravillado « de este oráculo, busqué en las diversas clases « de ciudadanos, los que gozaban de mejor reputacion, y no encontré mas que presuncion « é hipocresía. Procuré hacerles dudar de su

* La respuesta, segun el Escoliador de Aristófanes, fué esta: « Sófoc'es es sabio, Eurípides es sabio; pero Sócrates es el mas « sabio de todos los hombres. »

« mérito, con lo cual se volvieron enemigos irreconciliables : de lo que inferí, que la sabiduría pertenece solamente á la divinidad; y que citándome el oráculo por ejemplo de ella, ha querido dar á entender, que el mas sabio de los hombres, es el que menos cree serlo.

« Si alguno me hace cargo de haber consagrado tantos años á unas indagaciones de tanto peligro; responderé que ninguno debe tener en nada, ni la vida ni la muerte, siempre que pueda ser útil á los hombres. Yo me he creído destinado á instruirlos, yo he creído que el cielo mismo me habia dado esta mision: yo guardé, con riesgo de mi vida, los puestos que me señalaron nuestros generales en Anfipolis, en Potidea y en Delio: yo debo guardar con mucho mayor brío el que los dioses me han señalado entre vosotros; y no podria desampararlo, sin desobedecer á sus órdenes, y enviarme á mis ojos.

« Todavía diré mas; y es que si en este dia tomaseis la determinacion de absolverme, con la condicion de que guardase silencio, os diria: ¡ó jueces míos! yo os amo y os respeto sin duda alguna; pero primero debo obedecer á Dios que á vosotros; y mientras yo respire, no cesaré de alzar la voz como hasta aquí, diciendo á todos cuantos se presenten á mi vista: ¡no teneis vergüenza de andar afanados

« tras las riquezas y los honores, al tiempo mismo que no haceis caso de los tesoros de sabiduría y de verdad que hermosearán y perfeccionarán vuestra alma? Yo los atormentaria á fuerza de súplicas y de preguntas; les haria avergonzarse de su ceguedad ó de sus virtudes simuladas, y les probaria que dan el primer lugar en su estimacion, á unos bienes que solo merecen el desprecio.

« Esto es lo que la divinidad me prescribe que anuncie á jóvenes y viejos, á ciudadanos y extrangeros; y como mi sumision á sus órdenes es para vosotros el mayor beneficio que os puede hacer, si me sentenciáis á muerte, me nospreciareis el don de Dios, y no encontrareis ninguno que esté animado de igual celo. Así es que en este dia patrocino vuestra causa, cuando parece que defendo la mia; porque al cabo Anito y Mélito pueden calumniarme, desterrarme y quitarme la vida, pero no pueden dañarme; y son mas dignos de compasion que yo, porque son injustos.

« Para eludir sus tiros no me he valido, como hacen otros acusados, ni de medios clandestinos ni de solicitudes ingenuas. El respeto que os debo, no me ha permitido que intentase enternecer vuestros ánimos con mis lágrimas, ó con las de mis hijos y amigos que pudieran acompañarme. En el teatro es donde se ha de

« excitar la conmiseracion con imágenes lastimeras; aquí no se debe oír mas que la voz de la verdad, Vosotros habeis jurado solemnemente de juzgar conforme á las leyes; y así, si yo os indujera á ser perjuros, seria real y verdaderamente reo de impiedad; mas persuadiendo que mis contrarios, de la existencia de la divinidad, me pongo sin temor en manos de su justicia, igualmente que de la vuestra. »

Los jueces de Sócrates eran los mas gentes ordinarias, sin luces ni principios; unos calificaron de insulto su entereza, y otros se ofendieron de los elogios que se daba á sí propio. Procedióse á dar la sentencia, y se le declaró reo y convicto. Sus enemigos ganaron por la diferencia de muy pocos votos; y todavía hubieran sido estos menos, y habrían sido castigados aquellos, si Sócrates hubiese hecho cualquier leve esfuerzo para mover á los jueces.

Segun la jurisprudencia de Atenas, se requería segunda sentencia para imponer la pena. Mérito, en su acusacion, pedía la pena de muerte; y Sócrates podia elegir ó una multa, ó el destierro, ó carcel perpetua; pero tomando otra vez la palabra, dijo: que seria declararse delincuente, si se imponía cualquier castigo; siendo así que habiendo hecho grandes servicios á la república, era acreedor á que se le mantuviese en el Pritaneo á expensas del público. Al oír esto, ochenta

de los jueces que antes votaron á su favor, se pusieron de parte del acusador; y se falló la sentencia de muerte*; expresando que el veneno terminase la vida del reo.

Sócrates oyó la sentencia con la tranquilidad de un hombre, que toda su vida habia estado aprendiendo á morir. En otro discurso que pronunció, consolaba á los jueces que le habian absuelto, diciéndoles que no podia suceder nada malo al hombre de bien, ni durante su vida, ni despues de su muerte; y á los que le habian acusado ó condenado, les hizo presente que experimentarían continuamente los remordimientos de su conciencia, y la desaprobacion de los hombres; pero que siéndole el morir una ganancia real, no estaba enojado con ellos, aunque debia quejarse de su odio. Concluyó diciendo estas palabras: « ahora es tiempo de retirarnos, yo para morir, y vosotros para vivir. ¿ Quién de nosotros gozará de mejor suerte? La divinidad sola lo sabe. »

Salió del palacio para irse á la carcel, sin que se notase mudanza ninguna, ni en su semblante

* Segun Platon, consintió Sócrates en proponer una corta multa, saliendo á ella algunos discípulos suyos, y entre ellos Platon; y lo mismo dicen otros autores. Sin embargo, Xenofonte le hace decir que no podia condenarse á pena ninguna sin reputarse delincuente.

ni en su andar. Viendo que sus discípulos iban llorando á su lado, les dijo: «¿pero por qué no habeis llorado hasta hoy? ¿No sabiais que cuando la naturaleza me concedió la vida, me condenó á perderla? — Lo que mas siento, decia el joven Apolodoro, á quien la afliccion tenia fuera de sí; lo que mas siento es que morís inocente. — ¿Pues qué, le dijo Sócrates sonriéndose, os alegraríais de que muriese culpado?» Viendo á Anito, que pasaba cerca de allí, dijo á sus amigos: «¡mirad que vano va con su triunfo! pero no sabe que la victoria queda siempre por el hombre virtuoso.»

El día que siguió al de su sentencia, puso el sacerdote de Apolo una corona en la popa de la galera que lleva todos los años á Delos las ofrendas de los Atenenses; desde cuya ceremonia hasta que vuelve la nave, está prohibido por la ley ejecutar ninguna sentencia que imponga pena de muerte.

Sócrates pasó treinta días en la carcel, sin hacer novedad en su manera de vivir, acompañándole sus discípulos, que venian continuamente á recibir sus miradas y sus palabras, para dar treguas al dolor, creyendo siempre que era la última vez que las recibian.

Un día, al despertarse, vió sentado junto á su cama á Criton, que era uno de los que mas amaba. «Paréceme, le dijo, que habeis venido

« hoy mas antes que soleis: creo que todavía es muy temprano. — Si, respondió Criton, apenas amanece. . . . Sócrates. Extraño mucho que el alcaide de la carcel os haya dejado entrar. Criton. Me conoce; y ademas le he hecho algun agasajo. Sócrates. ¿Hace mucho que habeis venido? Criton. Ya hace rato. Sócrates. ¿Y por qué no me habeis despertado? Criton. Teniais un sueño tan sosegado, que no me atrevi á interrumpirlo. Siempre he admirado el sosiego de vuestra alma; pero ahora me maravillaba mas que nunca. Sócrates. Vergüenza fuera que un hombre de mi edad se sobresaltase porque se acercaba la muerte. ¿Pero qué es lo que os hace venir tan de mañana? Criton. Una novedad fatal, no para vos, sino para mí y vuestros amigos: la novedad mas cruel y mas horrible que puede haber. Sócrates. ¿Ha llegado ya la nave? Criton. Ayer tarde la han visto en Sunio; y hoy deberá llegar sin falta, con lo que mañana será el día de vuestra muerte. Sócrates. Sea en buen hora, pues asi es la voluntad de los dioses*.»

Entonces Criton le participó, que no pudiendo soportar la idea de perderle, habia tomado la

* Criton creía que la nave llegaría en aquel día á Pireo; pero no llegó hasta la mañana siguiente, por lo cual se dilató un día mas la muerte de Sócrates.

resolucion, ayudado de algunos amigos, de sacarle de la carcel, y al efecto estaba todo dispuesto para verificarlo aquella misma noche: que con una corta cantidad se sobornarian los guardas, y se impondria silencio á los que los acusasen: que se le proporcionaria en Tesalia una morada decente donde retirarse y vivir tranquilamente; á lo cual no podia negarse, desentendiéndose de lo que le suplicaba, sin faltar á sí mismo, sin faltar á lo que debia á sus hijos, que quedarian en la indigencia, y á lo que debia á sus amigos, á quienes toda la vida les echarian en cara el no haber sacrificado todos sus bienes por salvarle la vida.

« ¡O querido Criton! respondió Sócrates; ese
« celo no es conforme á los principios que siem-
« pre he profesado, y de que jamas me aparta-
« rán los mas rigurosos tormentos. Primeramen-
« te debo desvanecer la censura que temeis de
« parte de los hombres; sobre lo cual ya sabeis
« que no debe uno guiarse por la opinion del
« mayor número, sino por la decision del que
« discierne lo justo de lo injusto, y que no es mas
« que la verdad. Tambien es menester disipar la
« inquietud que quereis inspirarme en razon de
« mis hijos; pero en esta parte, ellos recibirán
« de mis amigos los favores que ahora me ofre-
« ce su generosidad. Así pues, todo se reduce á
« saber, si el irme yo de aquí sin el permiso

« de los Atenienses, es conforme á justicia.
« Pues ahora, ¿ no hemos convenido repetidas
« veces, en que no hay circunstancia ninguna de
« la vida, en que sea licito retribuir injusticia
« por injusticia? ¿ No hemos tambien sentado
« que el primer deber del ciudadano es la obe-
« diencia á las leyes, sin que haya pretexto al-
« guno que pueda dispensarle de ella? ¿ Y el
« oponerse á su ejecucion no seria quitarles to-
« da su fuerza, y dejarlas nulas? Si yo hubiera
« estado descontento de ellas, libre era, y á mi
« arbitrio estaba el pasar á otros climas; pero
« hasta ahora he llevado gustoso su yugo: he
« experimentado mil veces los efectos de su pro-
« teccion y su beneficencia; y porque hay hom-
« bres que hayan abusado de ellas para mi per-
« dicion, ¿ quereis que por vengarme de ellos,
« prescinda yo de las leyes, y conspire contra
« mi patria, pues son el apoyo de ella!
« Fuera de que las leyes me proporcionaban
« un efugio; puesto que dada la primera senten-
« cia, no tenia mas que condenarme al destier-
« ro; pero yo quise sujetarme á la segunda, de-
« clarando resueltamente, que preferia la muerte
« al destierro. ¿ Y iria yo ahora, infiel á mi pa-
« labra, no menos que á mi deber, á poner de-
« lante de las naciones distantes, á Sócrates
« proscripto, humillado, trocado en un corruptor
« de las leyes, y enemigo de la autoridad, por

« conservar algunos dias de vida entre pesares y
 « deshonor? ¿ Iria yo á perpetuar la memoria de
 « mi flaqueza y mi delito, sin atreverme á pronun-
 « ciar las palabras de justicia y de virtud, sino
 « con rubor, y haciéndome acreedor á las mas
 « atroces injurias? No, querido amigo, no teneis
 « que hacer nada sino dejarme ir por el camino
 « que me han señalado los dioses. »

Pasados dos dias despues de esta conversacion, los once magistrados que están encargados de la ejecucion de las sentencias en los criminales, pasaron temprano á la carcel, le quitaron las cadenas, y le notificaron la hora de su muerte. Despues de esto vinieron muchos de sus discípulos, que serian como unos veinte, y hallaron que estaba á su lado Xantipa su esposa, con el menor de sus hijos en brazos; la cual asi que los vió, exclamó interrumpiéndole los sollozos: « ¡ ay, veis ahí vuestros amigos, y esta es la última vez! » Sócrates rogó á Criton que la llevasen á su casa, y en efecto la sacaron de allí despidiendo ayes doloridos, y arañándose la cara.

Nunca se habia mostrado á sus discípulos con tanta paciencia y valor; pero ellos no podian mirarle sin que les oprimese el dolor, ni escucharle sin quedar absortos de placer. En su última plática les dijo, que á nadie era licito quitarse la vida; porque estando en la tierra como colocados en un puesto, no debemos de-

jarle sin el permiso de los dioses; y que en cuanto á él, se resignaba en su voluntad, suspirando por el momento que le habia de poner en posesion de la felicidad, á que habia procurado hacerse acreedor con su conducta. Pasando de esto al dogma de la inmortalidad del alma, lo corroboró con muchas pruebas que daban fuerza á sus esperanzas. « Y aun cuando diésemos, añadió, que estas esperanzas no fueran fundadas, ademas de que los sacrificios que exigen no me han estorbado para ser el mas dichoso de los hombres, ahora desvian de mí las amarguras de la muerte, y esparcen sobre estos últimos instantes una alegría pura y deliciosa.

« Así pues, prosiguió, todo hombre que ha renunciado á los deleites, y ha cuidado de hermosear su alma, no con adornos extraños, sino con los que son propios de ella, como la justicia, la templanza y demas virtudes, debe tener entera confianza, y esperar pacíficamente la hora de su muerte. Vosotros vendreis tras mí, cuando llegue la vuestra: la mia se acerca, y valiéndome de la expresion de un poeta nuestro, ya oigo su voz que me llama. »

Criton le preguntó si tenia alguna cosa que prevenir acerca de sus hijos ó de sus negocios á lo que Sócrates le respondió: « os reitero el consejo, que tantas veces os he dado, de enri-

« queceros de virtudes. Si lo seguís, no necesito
« de vuestras promesas; y si no haceis caso de
« él, serian inútiles á mi familia. »

Despues de esto se entró en un cuarto pequeño para bañarse, adonde le acompañó Criton, y los demas amigos se quedaron hablando de lo que le acababan de oír, y de la situacion á que los reduciria su muerte, contemplándose ya como huérfanos que han perdido tan buen padre, y llorando sobre sí mas que sobre él. Presentáronle sus tres hijos, dos de ellos de tierna edad; y habiendo hecho algunas prevenciones á las mugeres que los traian, las despidió, y se volvió á la compañía de sus amigos.

Poco despues de esto, entró el guarda de la carcel, y le dijo, « Sócrates, vengo seguro de
« no oír las maldiciones que me echan las personas á quienes vengo á decir que es hora de tomar el veneno. Nunca he visto aquí ninguno
« que tuviese tanta fortaleza y mausedumbre como vos; y así estoy cierto de que no os enojareis conmigo, ni me atribuireis vuestro infortunio, y mas cuando conoceis muy bien los
« que le han motivado. Quedad con Dios, y someteos á la necesidad. » Las lágrimas no le dejaban acabar, y así se retiró á un rincon de la carcel, para darles libre curso. « Id con Dios, » le respondió Sócrates, que yo seguiré vuestro
« consejo. » Y volviéndose á sus amigos, les di-

jo: « ¡qué buen corazon el de este hombre!
« Mientras he estado aquí, ha venido varias veces á darme conversacion.... Mirad como llo-
« ra... Criton, es menester obedecerle: que traigan el veneno, si está dispuesto, y sinó que lo
« dispongan al instante. »

Criton le hizo presente que el sol no se habia puesto todavía, y que otros habian tenido la libertad de prolongar su vida algunas horas mas á lo que Sócrates le respondió: « ellos tendrian
« sus razones, y yo tengo las mías para obrar de
« distinto modo. »

Criton dió sus órdenes, y luego que se cumplieron, vino un criado con la copa fatal; al cual preguntó Sócrates, ¿qué era lo que tenia que hacer? « Pasearos despues de haber tomado
« la pócima, respondió el hombre, y echaros boca arriba, cuando sintais que las piernas
« empiezan á entorpecerse. » Entonces sin inmutarse, y con mano firme, tomó la copa, y despues de haber dirigido sus oraciones á los dioses, la llegó á la boca.

En aquel momento terrible quedaron los ánimos de todos suspensos y horrorizados; y las lágrimas brotaron espontáneamente de los ojos de todos: unos procuraban ocultarlas, echándose el manto por la cabeza; otros se levantaron sobresaltados para apartar de allí la vista; pero volviendo luego los ojos á él, y viendo que ya

habia encerrado en su pecho la muerte, tuvo que salir afuera el dolor, por largo tiempo reprimido, y se aumentaron los sollozos al oír los gritos del joven Apolodoro, quien habiendo llorado todo el dia, andaba por la carcel dando alaridos espantosos. « ¿Qué es lo que haceis, amigos míos? les dijo Sócrates sin alterarse. « Yo mandé salir de aquí esas mugeres, para no presenciar semejantes flaquezas. Cobrad ánimo; pues siempre he oído decir que la muerte debía ir acompañada de buenos agüeros. »

En tanto continuaba paseándose; pero luego que sintió pesadez en las piernas, se echó en la cama, y se tapó con el manto. El criado mostraba á los circunstantes el progreso del veneno: un frio mortal le habia ya dejado yerto de pies y manos, y se acercaba á insinuarse en el corazon, á cuyo tiempo levantó Sócrates el manto, y dijo á Criton: « debemos un gallo á Esculapio: no os olvideis de cumplir esta promesa*. — Así se hará, respondió Criton; ¿pero no teneis otra cosa que prevenirnos? » Nada respondió; y poco despues hizo un leve movimiento: el criado le destapó, recibió su última mirada, y Criton le cerró los ojos.

De esta manera murió el hombre mas religioso, mas virtuoso, y mas feliz; el único tal vez,

* Sacrificaban esta ave á Esculapio.

que sin temor de que le desmintieran, pudo decir en alta voz: nunca cometí la mas leve injusticia, ni con mis palabras, ni con mis obras*.

* Algunos autores posteriores á Sócrates muchos siglos, aseguran que inmediatamente despues de la muerte de este, afligidos los Atenienses de una enfermedad contagiosa, reconocieron su injusticia: que le levantaron una estatua; que, sin dignarse de oír á sus acusadores, dieron muerte á Mélito, y desterraron á los demas; que Anito fué apedreado en Heraclea, donde se conservó por mucho tiempo su sepulcro. Otros han dicho, que no pudiendo los acusadores de Sócrates sufrir el odio público, se ahorcaron de desesperacion. Estas tradiciones no pueden conciliarse con el silencio de Xenofonte y Platon, que fallecieron mucho tiempo despues de su maestro, y en ninguna parte hablan, ni del arrepentimiento de los Atenienses, ni del suplicio de los acusadores. Fuera de esto, Xenofonte, que sobrevivió á Anito, asegura positivamente, que no estaba en buena opinion entre los Atenienses la memoria de este último, ya sea por los desórdenes de su hijo, cuya educación habia descuidado, ó ya por sus extravagancias particulares. Este pasage prueba incontestablemente, si no me engaño, que jamas vengó el pueblo de Atenas en Anito la muerte de Sócrates.

